

«DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORÁN». (Ensayo), por *Hermelo Arabena Williams*. Editorial Universitaria, Santiago

Hay cierta afinidad espiritual entre el personaje de esta biografía y el autor de ella. Más moderada, más preceptiva, en verdad, la pluma del *biografiado*; más ligera, más amena y de más colorido la del biógrafo, destilan, sin embargo, ambas unos mismos jugos específicos, de castizo sabor.

Concienzudamente, con claridad y medidos rasgos, a la clásica manera—como correspondía al personaje retratado—Hermelo Arabena ha ido reconstruyendo, desde la cuna a la sepultura, con todos sus atributos físicos, morales e intelectuales, la personalidad de don Enrique Nercasseau y Morán. La niñez, tímida; la adolescencia, estudiosa e inquieta; las primeras siembras románticas del precoz catedrático hechas en el campo de la poética, cuyos frutos débiles no fueron de su propio agrado; y después y por siempre, su amor y su consagración al noble idioma de Cervantes.

Resulta airosa, gentil cuasi, dentro de la ausencia del claroscuro romántico de la personalidad, esta silueta biográfica de don Enrique Nercasseau. El autor, como quien se mira un poco en el espejo, la ha ornado de toda suerte de destellos simpáticos; y con seguros y cariñosos toques hace resaltar de vívida manera la fructífera aunque un tanto impalpable influencia que su modelo ejerció en nuestro ambiente intelectual. Al igual de Lastarria—aunque no el sentido libertario de este precursor de año 42—fué Nercasseau y Morán un ecuménico animador de las letras chilenas, hijas un tanto virtuales aún, de las letras hispanas. Hombre de tradición y de fe, predicó

disciplina, quizá exagerada disciplina, y limpió la castellana lengua («¡límpida fons!») de cizañas y alimañas. Como dice el autor de esta biografía, fué un gramático, un filólogo, un hispanista, experto en el buen decir; y a veces le dió donaire a su expresión y a veces concisa elegancia.

Pero, con toda su humanística erudición y su dominio del lenguaje, no fué precisamente un verdadero escritor en el sentido que la estética le da a la palabra. Ni tampoco fué un estilista, amén su afán por el estilo. Acaso se podría decir que fué un purista. Su obra, cuya mayor parte aquí compila y comenta devotamente Hermelo Arabena, carece, como carece también la de Lastarria, de la sangre y el nervio de la obra creadora, y para ubicarle de acuerdo a sus méritos en los casilleros de la alta literatura, hemos de atenernos a sus discursos y a sus ensayos, entre los que se destacan. por su pureza, por la espontaneidad y docta sencillez, el «Discurso de Incorporación a la Academia Chilena de la Lengua», y la hermosa monografía, «Acerca de la Vida y Obra de Fernán Caballero». Y, sobre todo, esa aun más hermosa salutación al poeta Eduardo Marquina, en la que—tallada copa—brindara al huésped ilustre el vino de su elocuencia y emoción (pág. 51).

Una cierta rigidez, una cierta tiesura—no de forma sino ideológicas—encontramos en las doctrinas lingüísticas y gramaticales de don Enrique Nercasseau, las que a nuestro parecer le inhiben en grande parte la propia libertad creadora. Sin duda alguna, el mayor mérito literario de toda su producción está en aquellos trozos académicos; y en ellos campea la clásica jerarquía del maestro; la soltura de la expresión,

la elevación del pensamiento, la elegancia y un criollo donaire de pura estirpe hispana.

Como es de hispana y criolla estirpe la pluma gravemente regocijada que escribiera hace apenas unos años, «Entre Espadas y Basquiñas», y que ahora escribe la bella biografía de este prócer de la lengua. De un parecido fidelísimo, orlada por el áureo marco apologético que adecuadamente le ha destinado Hermelo Arabena, aquí queda la cabal personalidad de don Enrique Nercasseau y Morán, colgada en el tiempo de espaciosos límites.—GUILLERMO KOENENKAMPF



«SOMBRA Y SENTIDO DE OMAR KHAYYAM», por *Benedicto Chuaqui*

Hemos llegado a pensar que el juicio literario, más o menos certero, o, simplemente, el juicio bien intencionado que clasifique, con honradez e investigación rigurosa, la producción de nuestros autores, se ha ido poco a poco perdiendo y es posible creer en su definitivo exterminio. Puede ser ello un mal importado que nos aplicamos a nosotros mismos, el boscaje y la nebulosa venidos desde afuera para juzgar nuestra obra artística con vaguedad o escasa información. Lógico es pensar en un fenómeno de esta naturaleza trasplantado a nuestro suelo, ya con raíces profundas, y en el vicio de la desconfianza europea que prendió como llama anhelante entre los cronistas de la crítica encargados de informar sobre un libro a la ligera, con urgencia precipitada. No podemos olvidar que, en España, Unamuno, al referirse en una ocasión al proceso modernista de la poesía